

do el ladrido de los perros de Laconia y el ruido del viento de Elide? El día 11 á las tres de la mañana ya estaba gritando el genízaro del agá que era tiempo de partir para Coron.

Al instante montamos á caballo; y voy á describir el orden con que marchamos, que fué el mismo que llevamos todo el viaje.

Delante de todos iba el guía ó postillon griego á caballo, llevando de la brida otro que debia servir para relevar en caso de algun accidente los que montaban los viajeros. Seguia el genízaro con su gran turbante, dos pistolas, un puñal en la cintura, un sable al lado, y un látigo en la mano para arrear al caballo del postillon. Seguia yo armado del mismo modo, y llevando además una escopeta. Cerraba la marcha mi criado José, que era un hombrecillo rubio, fresco de rostro, voluminoso de vientre, y de aspecto risueño: llevaba un vestido de terciopelo azul, y dos largas pistolas de arzon le arremangaban su chupa de un modo tan ridículo, que el genízaro no podia mirarle nunca sin morirse de risa. Mi equipaje consistia en una alfombra para sentarme, una pipa, un cazo para el café, y unos schales para cubrirme de noche la cabeza. Partiamos cuando el guía daba la señal; trepábamos con fuerte trote por las montañas, y bajábamos á galope por entre los precipicios. Es menester resignarse con esta velocidad, pues los militares turcos no conocen otro modo de marchar, y el menor temor ó prudencia que manifestárais, os espondria á su desprecio. Pero el viajante va sentado en sillas de mamelucos, cuyos anchos y cortos estribos le doblan las piernas, le rompen los piés y despedazan los ijares del caballo. A cualquier tropezon ó mal paso, el alto pomo de la silla estropea el pecho al pobre ginete, y si se tira atrás, tambien padecen las co-

tillas, pues es igualmente alto el reborde. No obstante, en acostumbrándose uno, halla útiles dichas sillas, por lo seguro que va en una carrera tan peligrosa.

Cada jornada es de ocho á diez leguas, y siempre en el mismo caballo: á la mitad de la jornada se les deja descansar sin darles de comer, y luego vuelve uno á montar y sigue su camino. Por la noche se llega á veces á un *kan*, que se reduce á un abandonado y miserable cobertizo, y se pasa la noche sobre una podrida tabla, entre enjambres de insectos y reptiles. Nada se facilita en estas posadas, si no se presentan los firmanes de posta, y se tiene que buscar que comer. Mi genízaro salia á recorrer las aldeas contiguas, y volvía algunas veces con pollos, que yo me obstinaba en pagar: los asábamos sobre ramas verdes de oliva, ó los guisábamos con arroz, que es lo que los turcos llaman pilan. Sentados á la redonda, lo comiamos con los dedos, y luego íbamos á lavarnos barbas y manos al primer arroyo que encontrábamos; y de este modo se viaja en la patria de Alcibiades y de Aspasia.

Aun era de noche cuando salimos de Modou, y me parecia caminar por los desiertos de América, pues reinaba allí la misma soledad y silencio. Tomamos hácia el Mediodía, y atravesamos un grande olivar. Al rayar el alba nos hallamos ya en la cima de los montes mas áridos que jamás he visto. Caminamos por allí unas dos horas, sin encontrar mas yerbas que juncos y matorrales espinosos y medio secos. Por entre los claros de los olivares descubrimos el mar hácia Levante, bajamos despues á una cañada, donde vimos algunas tierras sembradas de cebada y algodón. Pasamos por un arroyo casi seco, cuyo lecho estaba formado de adelfas y agnocastos, arbusto de hojas largas, pálidas y delgadas, cuya flor de lila, algo marchita, se

prolonga en forma de rueca. Cito estos dos arbustos porque se hallan en casi toda Grecia, y son los únicos que decoran aquellas soledades, antes tan deliciosas y animadas, y ahora tan tristes y desiertas. Y á este propósito debo advertir, que en la patria del Iliso, del Alfeo y del Erimanto, no he visto mas que tres rios que no se hayan secado, y son el Pamiso, el Cefiso y el Eurotas. Preciso es que se me perdone aun la especie de indiferencia, ó si se quiere impiedad, con que á veces escribo los nombres mas célebres y armoniosos, viajando por la Grecia. Se familiariza uno á su pesar con Temístocles, Epaminondas, Sófoles, Piaton y Tucídides; y es menester una gran veneracion poética para no pasar el Citeron, el Ménalo y el Liceo, como se pasan los montes vulgares.

Al salir de la cañada comenzamos á trepar por nuevos montes; nuestro guia repetia á menudo nombres que me eran desconocidos; pero calculando por la situacion, aquellos montes debian formar parte de la cordillera del monte Témathias. No tardamos mucho en entrar en un espeso bosque de olivos, adelfas, agnocastos, cornicos y otros arbustos. Dominaban este bosque elevadas rocas. Habiendo llegado á la cima mas alta de todas, descubrimos el golfo de Mesena, cercado por do quiera de montes, entre los que descuella el Ithomo, por hallarse separado de los demas, y el Tayjetes por sus dos agudos picos. Al ver aquellos famosos montes, les saludé repitiendo cuantos versos sabia en su elogio.

Un poco mas abajo de la cumbre del Témathias, y en direccion á Coron, vimos una miserable alquería griega, cuyos habitantes huyeron al acercarnos nosotros. Conforme íbamos bajando, descubrimos á nuestros piés la rada y el puerto de Coron, donde se veian anclados algunos na-

ques: la escuadra del capitan bajá fondeaba al otro lado del golfo hácia Calamala. Al llegar á la llanura que está al pié de los montes, y que se estiende hasta el mar, dejamos á nuestra derecha una aldea, en cuyo centro se elevaba un castillejo; y tanto la aldea como el castillo, se hallaban cercados por un gran cementerio turco cubierto de cipreses. Enseñándome aquellos montes nuestro guia, los llamaba *parisos*. Un antiguo habitante de la Mesenia me hubiera contado en otro tiempo la historia de aquel jóven de Amiclea, cuyo nombre solo han conservado á medias los modernos mesenienses; pero este nombre, aunque desfigurado, repetido en aquellos parajes, delante de un ciprés y del Tayjetes, me causó un placer que solo es dado á los poetas comprender. Tenia un consuelo mirando los sepulcros de los turcos, porque me halagaba la idea de que tambien los bárbaros, conquistadores de la Grecia, habian encontrado la muerte en aquel país devorado por ellos mismos. Por lo demás, estas tumbas ofrecian una vista muy pintoresca: la adelfa crecia al pié de los cipreses, que parecian unos grandes obeliscos negros; entre su ramaje rapido revoloteaban muchas tortolillas blancas y palomas de hermoso plumaje azul; la yerba se mecia blandamente al rededor de las columnitas fúnebres decoradas con turbantes; una fuente edificada por un gerife, derramaba su agua en el camino para solaz del viajero. De buena gana me hubiera detenido en un cementerio, en que el laurel de Grecia, dominado por el ciprés del Oriente, parecian recordar dos pueblos cuyas cenizas descansan allí.

El cementerio dista de Coron unas dos leguas, y nosotros pasamos siempre por entre grandes olivares sembrados de trigo ya medio segado. El terreno, que á lo lejos parecia una llanura igual, está cortado por algunas ram-

blas desiguales y profundas. Mr. Vial, que era entonces cónsul de Francia en Coron, me recibió con aquella hospitalidad que tan general es en los cónsules de Levante. Puse en sus manos una carta de recomendacion que Mr. de Talleyrand, por deferencia á monsieur d'Hauterive, me habia hecho el obsequio de escribir á los cónsules franceses que se hallaban en las escalas.

Mr. Vial me llevó á su casa; despidió á mi genízaro, y me dió uno de los dos suyos para que me acompañase por la Morea y me llevase á Atenas. Como el capitán bajá estaba entonces en guerra con los maniotas, no me fué posible pasar á Esparta por Calamata, que si se quiere será Calathion, Cardamyla ó Thálamas, en la costa de Laconia, en frente de Coron. Resolvíme, pues, á dar un largo rodeo, é ir á buscar el desfiladero de las puertas de Leonardari, una de las Hermæum de la Mesenia, y trasladarme luego á Tripolizza, para solicitar del bajá de Morea el firman necesario para pasar el istmo, y desde Tripolizza volver á Esparta, para dirigirme desde allí por las montañas á Argos, Micenas y Corinto.

Coroné, lo mismo que Mesenia y Megalópolis, no cuenta una remota antigüedad; porque es fundacion de Epaminondas, que la edificó sobre las ruinas de la antigua Epea. Hasta ahora se ha creído que Coron es la misma Coroné, segun la opinion d'Anville; pero yo tengo alguna dificultad en adherirme completamente á esta opinion, porque segun Pausanias, Coroné se hallaba situada en la falda del monte Témathias, cerca de la embocadura del Pamiso; y Coron, además de estar muy distante de este rio, se encuentra edificada sobre una altura, y casi en la misma posicion en que el mismo Pausanias, coloca el templo de Apolo Corintho, ó mas bien, en la situacion en que se halla Coloni-

des.<sup>1</sup> Se encuentran en la entrada del golfo de Mesenia y en la orilla del mar, algunas ruinas que acaso son las de la verdadera Coroné, si es que no pertenecen á la aldea llamada de Ido. Coronelli se ha equivocado tomando á Coroné por Pódasa, que es preciso, siguiendo á Strabon y Pausanias, buscar en Méthone.

La historia moderna de Coron presenta casi las mismas fases que la de Modon: Coron estuvo sucesivamente y en las mismas épocas que Modon, dominada por los venecianos, los genoveses y los turcos. En 1633 la sitiaron y conquistaron los españoles, arrancando su dominacion á los turcos. Distinguíéronse en este sitio memorable los caballeros de Malta. Vertot comete aquí un error notable, tomando á Coron por Cheronea patria de Plutarco, que ni es tampoco la misma Cheronea, donde Felipe decretó la esclavitud de la Grecia. Vuelta á caer en poder de los turcos, Coron fué sitiada de nuevo en 1685 por Morosini, y en la relacion de este sitio se hace mencion de dos compatriotas míos. Coronelli solo cita al comendador de La Tour, que me murió allí cubierto de gloria; pero Giacomo Diedo recuerda además al marqués de Courbon. Agradábase encontrar las huellas del honor francés desde mi entrada en la verdadera patria de la gloria, y en el país de un pueblo tan justo apreciador del valor. Pero ¿dónde no se encuentran estas huellas? En Constantinopla, en Rodas, en Siria, en Egipto, en Cartago, en todos los puntos, en fin, que he recorrido yo, me han señalado el campo de los franceses, la torre de los franceses, el castillo de los franceses. El árabe me ha hecho observar las tumbas de nuestros soldados bajo los sicómoros del Cairo, y el siminol bajo los álamos de la Florida.

En esta misma ciudad de Coron fué donde monsieur de

<sup>1</sup> Esta opinion es la misma que la de Mr. de Choiseul.

Choiseul dió principio á sus cuadros. De este modo el destino me conducia al mismo lugar donde mis compatriotas habian recogido una doble corona por los talentos y por las armas, y las que la Grecia tenia la satisfaccion de ceñir las sienas de sus hijos beneméritos. Pero si yo he recorrido sin gloria, aunque no sin honor, las dos carreras, en las que los ciudadanos de Atenas y de Esparta adquieren tanta celebridad; sin embargo, me consuela la idea de que otros franceses han tenido mas fortuna que yo.

Mr. Vial se tomó la molestia de acompañarme para recorrer á Coron, que no es mas de un monton de ruinas modernas, y me hizo observar el punto por donde los rusos cañonearon la ciudad en 1770, época aciaga para la Morea, á cuyos habitantes degollaron despues los albaneses. Segun los viajes de Pellegrin, hechos en 1715 y 1719, el término de Coron comprendia entonces ochenta aldeas, pero que en el dia no llegan á cinco. Todo aquel devastado país pertenece á algunos turcos, dueños de tres ó cuatro mil piés de olivos, que gastan en un harem de Constantinopla la herencia de Aristómenes. Saltábanme las lágrimas al ver las manos del griego esclavo empapadas inútilmente en aquel aceite, que daba á los brazos de sus padres el vigor necesario para triunfar de los tiranos.

La casa del cónsul dominaba el golfo de Coron; desde mi ventana veia yo el mar de Mesenia bañado del mas brillante azul: delante de mí y al otro lado de este mar, se elevaba la alta cordillera del Tayjetes, cubierta de nieve, y con razon comparada á los Alpes por Polibio; á los Alpes, sí, pero bajo un cielo mas terso y hermoso. A mi derecha se estendia el mar abierto, y á mi izquierda descubria en lo interior del golfo el monte Ithomo, aislado como el Vesubio, y truncado en su cima como él. No me era

posible apartar la vista de aquel cuadro; pero ¡qué ideas tan lúgubres inspira el aspecto de estas costas desiertas de la Grecia, donde solo se oye el silbido del viento y el bramido de las olas! Algunos cañonazos que el capitán bajá hacia tirar de cuando en cuando contra las rocas de los maniotas, era lo único que interrumpia aquel triste ruido, con otro ruido mas triste aún. En toda la vasta estension del mar no se descubria mas que la escuadra de este jefe de los bárbaros; lo que me recordaba aquellos piratas americanos que plantaban su estandarte sangriento en una tierra desconocida, tomando posesion de un hermoso país en nombre de la esclavitud y de la muerte; ó mas bien me parecia ver las naves de Alarico alejarse de la Grecia reducida á cenizas, llevándose los despojos de los templos, los trofeos de Olimpia, y las estatuas mutiladas de la libertad y de las artes.<sup>1</sup>

El dia 12 á las dos de la mañana salí de Coron coimado de atenciones por Mr. Vial, el cual me hizo el honor de entregarme una carta para el bajá de Morea y otra para un turco de Misitra. Me embarqué en un caique con José y un nuevo genízaro, para pasar á la embocadura del Pamiso, en lo interior del golfo de Mesenia. A las pocas horas de una travesía feliz, me encontré en el mayor rio del Peloponeso, donde encalló nuestro barquichuelo por falta de fondo. El genízaro fué á traer caballos de Nissi, que es un lugar de consideracion, distante del mar tres ó cuatro millas, subiendo por el Pamiso. Este rio se veia cubierto de una multitud de pájaros silvestres, cuyos juegos me entretenieron hasta la vuelta del genízaro. No dejaria por cierto de sér muy agradable unir siempre la historia natu-

<sup>1</sup> Véase en el lib. X de los *Mártires* la descripción de la Mesenia.

ral á la del hombre; entonces se complacería uno en ver las aves de paso dejar los desconocidos pueblos del Atlántico, para visitar los famosos del Eurotas y del Cefiso. Para confundir nuestro orgullo, ha permitido la Providencia que los animales conociesen antes que el hombre la verdadera estension de la morada del hombre, y una ave americana fijaba tal vez la atencion de Aristóteles en los rios de Grecia, cuando ni aun siquiera sospechaba el filósofo la existencia de otro nuevo mundo. La antigüedad nos ofrecería en sus anales una multitud de relaciones curiosas; y muchas veces la marcha de los ejércitos y aun de naciones enteras, se enlazaria con los viajes de algunas aves solitarias, ó las emigraciones pacíficas de las gacelas y de los camellos.

El genízaro volvió con un guía y cinco caballos, dos para él y los otros tres para el guía, para José y para mí. En seguida nos dirigimos á Nissi, que me parece no fué conocido de la antigüedad; y así que llegamos me presenté al vaivoda, que era un griego jóven y muy amable, y quiso obsequiarme ofreciéndome dulces y vino; pero yo no lo admití, y continué el camino para Tripolizza.

Dirigímonos hácia el monte Ithomo, dejando á la izquierda las ruinas de Mesenia, de la cual aun quedaban treinta y ocho torres enteras, segun el abate Fourmont, que las visitó hace sesenta años. No recuerdo si me aseguró Mr. Vial que en el dia solo quedan nueve, y una parte considerable de la muralla. Mr. Pouqueville, que viajó por la Mesenia diez años antes que yo, no pasó por Messena. Llegamos, pues, á las tres de la tarde al pié del Ithomo, llamado en el dia, segun d'Anville, *monte de Vulcano*. Examinando este monte, me he convencido de la dificultad de comprender bien á los autores antiguos, sin haber visto los

lugares que describen ó de que hablan. Es evidente, por ejemplo, que Messena y el antiguo Ithomo no pueden comprender el monte en su recinto, y es preciso atenerse á la esplicacion de Mr. Lechevalier cuando habla de la carrera de Héctor y de Aquiles; esto es, que es preciso traducir *dellante* de Troya, y no *alrededor* de Troya.

Pasamos por muchas aldeas, tales como Chafasa, Scala, Ciparisa, y algunas otras acabadas de destruir por el bajá en su última expedicion contra los bandidos. En todos estos lugares solo ví una mujer que no desmentia la sangre de los heraclidas, en sus ojos azules, su esbelta estatura y su belleza. La Mesenia fué casi siempre infeliz, pues un país fértil es á veces una desgracia para el pueblo que lo habita. Al considerar las actuales ruinas de que se hallaba circundado, se diria que los feroces lacedemonios acababan de destruir la patria de Aristodemo. Un grande hombre tomó á su cargo vengar á otro hombre no menos grande. Epaminondas reedificó los muros de Messena; mas por desgracia se puede acusar á esta ciudad de la muerte de Filopemen. Los arcades vengaron esta muerte, y se llevaron á Megalópolis las cenizas de su compatriota. Pasaba yo con mi pequeña caravana precisamente por los mismos caminos por donde habia pasado dos mil años antes la pompa fúnebre del último de los griegos.

Despues de haber costado el monte Ithomo, atravesamos un arroyo que corria hácia el Norte, y que muy bien podria ser una de las fuentes del Balyra. Jamás he provocado á las musas, ni me han puesto ciego como á Thamyris; y si he tenido una lira, tampoco la he arrojado al Balyra, esponiéndome á ser convertido en ruiseñor despues de mi muerte. Aun quiero por algunos años dar culto á las nueve Hermanas, y luego abandonaré sus altares. No